

Killer Crónicas

Bilingual Memories *Nemorias Bilingües*

SUSANA CHÁVEZ-SILVERMAN

FOREWORD BY PAUL ALLATSON

Killer Crónicas

Bilingual Memories

Susana Chávez-Silverman

The University of Wisconsin Press

GLOSSARY CRÓNICA

22 January 2004

Los Angeles

Me han pedido que (me) explique aquí. I mean, que ehplique mi lengua, my use of language. My odd oral, transcultural ortografía. My idioma, 'tis of thee. Bueno, mi lengua . . . is a hybrid? Nah! Demasiado PoMo, trendy, too Latino Studies (even if it's true). Been there, done that. A verrrrr, mi lengua . . . es un palimpsesto? Sí, eso está mejor. It's a sedimentation of . . . hmm.

OK. Para explicar estos mis flights (of fancy), tendría que empezar por decir que soy, it is-my language-cual homing pigeon on acid. Porque I list, it circles back, flashes patrás, wildly inappropriate, really, to the last port en el cual eché ancla. In other words, para captar la antaño annoying and now oh so entrañable aspiration and that high, tirando a nasal, melancholy, apocalyptic whine que caracteriza al Río de la Plata, escribiendo en Los Angeles (actually, a little before, still en Buenos Aires pero sabiendo que me quedaba poco, tan poco tiempo looking out my warped-glass, third-floor balcony window hacia el Jardín Botánico), I began to transcribe an "h" where the "s" is just a breath, down there. Ehto. Queréh? Ehplicar. O ponía la "sh" o "zh" instead of "y" or "ll," para transmitir la realidad fonética de los northern suburbs de Buenos Aires. Sha. Shuvia. Te shamo luego. Ever daddy's girl, supongo, ehtudiante de la tradición oral. Heredé su crackshot oído también. Ex-estudiante, too, de los lingüista-fonetistas donde hice mi B.A. (gracias Tracy Terrell and Ricardo Barrutia, q.e.p.d; gracias María Herrera-Sobek), I learned their lessons well. I can't not write it like I hear it.

So, en Buenos Aires I often wrote con la "th" for the final Castilian "d": fond remnants (reliquias?) de mi infancia en Madrith. Yeah, otros tics y quirks began to surface from layers below, like that: esa unvoiced interdental from the heart of la Madre Patria, de Gachupilandia. I've never been able to get rid of it del todo, coño! Instead of the nice, crisp, occlusive final "d," como en todas las novelas on Univisión or Telemundo. Simón, esa "d" sería más normal en una hablante *authentically* hispano/hablante, or Chicana, que no? Pero, let me not fail to mention, while I'm at it, the little vestigios of my decades-ago pero todavía honorary Puerto Rican-ness, bestowed—or imprinted, by proximity, por ósmosis—en la graduate school con Frances, o con Grace. Esa loving, Cambridge- and Berkeleyspawned P.R. osmosis ha resultado en cierta excesiva rapidez, una leve nasalización y un definite tropiléxico empedernido: uso maceta for agarrado and every other word is chévere chévere. Al punto de que my students aquí en Califas (who have no clue what foreign Hispanopaís I hail from pero saben que I lived recently en Buenos Aires) think that chévere es una palabra argentina! Also, me salen algunos markers de mi niñez en Guadalajara, like fíjate, or sabes qué? Y siempre, signs de mi daily Latinidad, mi Chicana, code-switching life, right here en la cuenca de Los Angeles. Simón, mano. Califas. Orale vato. Carnal, you know?

Finally, last but not least, de mi fixation on faux or "bad" translation games me salió hasta el title of the book. *Killer* Crónicas. As I recount en la segunda crónica que escribí back in early 2001, I have always played language games, my whole life, y con mis estudiantes I really go for it. I routinely tell them, por ejemplo, to open their books al poema de Beloved Nerve (Amado Nervo), or that we're going to read Fecund (Facundo), or the Itchy Scratchy (you guess). So, cuando les pedí que abrieran "Killer" (for "El matadero" de Esteban Echeverría), bueno, they barely even blinked. *Killer* Crónicas, entonces, representa muchas cosas. The title itself, and the book's

structure, gesture toward the foundational texts (such as "El matadero," or the chronicles of the so-called New World) that sparked my fascination for Latin American—especially Argentine—literature and culture. El libro—much as this form may seem quaint, too eighteenth-century to some—tiene una clara filiación con la tradición epistolaria. Pero this is more constitutive of me than representative of any consciously theoretical or recuperative drive. Es sencillo: I can't write sin sentir el latido del corazón (or at least el tecleo de manos on a keyboard), las pulsaciones cerebrales—verbales—de un interlocutor.

These crónicas began as letters: cartas a amigos extrañados, love letters to cities, smells, people, voices and geographies I missed. O, por otra parte, comenzaron como cartas a un lugar, or to a situation that I was experiencing intensely, casi con demasiada intensidad and yet pleasurably as well, a sabiendas de que la vivencia acabaría demasiado pronto. Cierro esta glossary crónica then—para voh, para ti, for you the reader—with an invitation to dive into este mi texto intersticial. Go on, lánzate. Lance yourself.



Mini Playera Re-Entry Crónica

18 agosto 2001

Los Angeles, Califaztlán For Nancy "Paquita" Rankin

Walking down a dimly lit Venice Beach street late at night, después de ver una bad, artsy, MTV-like, Brit movie, "Sexy Beast" (hint—it wasn't), con Ben Kingsley, en Santa Monica. La cashe crowded con little Spanish-style refurbished bungalows, teeny tiny, really, pero tan y TAN expensive. Owned by movie grips, bit part actors, surfers, teachers, professionals. De repente, un olor que no había sentido en más de un año rises en la coastal breeze and hits me, no, it STROKES me, full en la cara: sage. Ah, oh, it's the (North) American Southwest—ah, salvia—tan green and subtle and gorgeous!

Eyes smart with tears and I wince. Sigh. I should be prepared para estas overpowering waves of emotion. Siempre he sido así. You're too sensitive, me decían de niña, so impressionable, me

dicen siempre. En Buenos Aires supe que aunque tengo mi sun sign en Aries, está en la Casa 4, ruled by Cancer, that mushyhearted, timid, sidewinding crustacean. Y tengo, por si eso fuera poco, a Mercurio en piscis en la Casa tres, y eso me (lo) explica, basically. It means you have E.S.P. baby, me dijo esa vidente en New Orleans. Y Beatriz, la astróloga que me hizo la primera carta natal me dijo: tus sueños tienen el poder de pronosticar. I really didn't *need* the two astrólogos—Beatriz en Belgrano (right next to the flotation tank place, como en "Altered States," te lo juro!) y Victor Richini (antaño amigo de Alejandra Pizarnik!) en la Recoleta, who made my *second* natal chart (hand-drawn, so beautiful) en la Argentina. Pero they confirmed cosas que he venido intuyendo all my life. El olfato me sheva y me trae por la vida dehde siempre—the full-throttle charge of it, immediate and nostalgic a la vez.

Un poquito después del sage llega otro olor dulzón, casi empalagoso: Chilean night-blooming jasmine. Oh, esos delicate, innocuous pale-pink blooms que de día no huelen a nada ahora overpower me, casi jaqueca-strong.

Y luego, still later, esa *shoosh* . . . *shoosh*. Son las olas. De ellas no podré—nunca—vivir lejos mucho tiempo.

Me vuelvo loca, in a way, en el "INTERIOR"! Even if I'm by a river, that huge, camel-colored Río de la Plata, or my beloved Mississippi, or the icy Charles. Y válgame Dios if it's a really high and dry place, sin río siquiera. Tipo Madrith. Or Pretoria. El interior. Me vuelvo un poco stir crazy. Pero even a big river is just not the same as this *shoosh* . . . *shoosh* of my Pacific and that marine damp y mis cabeshos rizados and my butt muscles pulsing, stinging on this fast, long-legged Venice night walk del auto a la casa de mi entrañable amiga Paquita, to the (non-sleeping) teen slumber party and later, one of Paq's paperback murder mystery novels, just to lull myself into a dulled, lonely sleep. I'm back. Here. Home. Without you all. Poetas. Amigas. Poetas/amigas. What's the difference?

Ay, where am I?



Flora y Fauna Crónica

12 junio 2003

Los Angeles Para Pierre

Cuando me fui para South Africa, and I lived my first spring in Pretoria, allí por octubre, viví como insólito regalo el florecimiento de los jacarandaes. Como northern Califas girl, of course, había visto mucho nature espectacular: the Pacific Ocean como yarda de enfrente, for starters, y los sequoia giant redwoods. Yes, especially los redwoods. Pero también esa enredadera, don't know its name, the one with the huge, velvety deep purple blossoms y las fragile, hairy leaves and stems como patas de tarántula. The yellow, puffy, dust-scented mimosa on early spring mornings, camino a la secundaria. And eucalyptus: medicinal and faintly erotic a la vez. Porque el olor a eucalipto me vuelve, inevitablemente, a los wild summer rides en la moto del *motero* del barrio, Bob Salter, the summer after we returned from our calvario—18 months viviendo en España—and I began to get a little bit popular con eso de haber estado living in Europe y todo.

Anyway, that summer I would cling cual ventosa, aterrada, to Bob's sweat-dampened, skintight T-shirted, bronze surfer-boy espalda (maravillada de que un chico tan laid back, tan marijuanero y cool, would even invite me to ride with him) as he took those Eastside Santa Cruz curves fast, waaay too fast, crunching and scattering los eucalyptus buttons mientras nos adentrábamos a ese wild forest, De la Veaga Park (te juro, that's how it's spelled!), just three long, winding, uphill blocks de mi casa.

Anyway, no me acuerdo haber visto, antes de Sudáfrica, un jacarandá. Sultry vet somehow insouciant too, durante el resto del año, con esas dark green, frilly leaves—casi como una de esas sensitive plants, you know, the ones that curl up y se ponen all shy cuando les tocas las hojas con la yema del dedo o con un lápiz, well, like that, pero en gigante—y sus weird, flat, walnut-colored pods. Not exactly nondescript, pero definitely nothing to write home about. Pero luego, for the too-short, two months + of their bloom, shocking surtidores de unscented pétalos—wouldn't it be demasiado, over the top si encima de todo tuvieran perfume too?—cascading, drifting, amontonándose, machacados bajo pies y ruedas. Pretoria se jacta de ser la Jakarandastad, "ciudad de los jacarandaes," and I believed it and was properly awed and grateful, each spring, por esa breve explosión de dusty periwinkle. Sí, ese es el color, exactamente. Como el "periwinkle" crayon en la giant sized box de Crayolas.

En Sudáfrica, llegué a creer que la vida era *eso*, precisely: the otherwordly, ephemeral beauty de los jacarandaes and, in equal measure, the clawing loneliness of having just three people en todo el continente africano. En realidad el primero, Howard, I'd just broken an engagement of sorts with. Otro (Etienne, aka Curé) me recogió, literalmente, de la calle y me instaló en su tiny, 7th floor flat, only to leave casi de inmediato

para un obligatory, months-long military camp en Ciudad del Cabo. Y el tercero, a Spanish-British immigrant to "the colonies," por ser el segundón de un wealthy family, después de un Kerouac-worthy roadtrip en su minúsculo orange VW bug across the southern tip of Africa—de Pretoria a Cape Town and back, por Pietermaritzburg and Port Elizabeth and Paarl, Stellenbosch, and the Transkei and then some—se había tomado un one-year leave de su teaching job en la Universidad de Sudáfrica (that was why I got to stay on at UNISA) para asistir al Masters and Johnson sex clinic en St. Louis—te lo juro!

So I was living alone, realmente sola, por primera vez en mi vida. No TV, not even a radio. Como que no quería interact with people, con los Afrikaners I was surrounded with in the governmental capital, por temor a que su savage racismo se me contagiara. Sería hasta que mi amigo africano del xeroxing room en UNISA, Neppe Selabe, me comentó, "Suzi, you have to learn their language, to understand them. To understand us," que something in me would shift, crack open. I needed to let it happen. Right about then, besides, volvió el Curé from Kapstaad, from the army camp, and I got an instant Afrikaner roomate. Raised by a dominee daddy, no less, and feliz to boot. He'd walked out on his latest job, además, waiter at an upscale restaurant, cuando despidieron a 6 kitchen workers africanas, and within 24 hours had gotten himself—and them—new jobs. So put that en tu pipa and smoke it, mija, I told myself. What do I know, really *know*, about Afrikaners? About this country?

Pero en los primeros meses en Africa estuve hermetically sealed, solitaria. I wrote it like a mantra (maudlin, ya lo sé) almost every day, en mi diario: "How can I go on like this? ¿Me estaré volviendo loca? I'm so alone, alone, ALONE . . . " Sola con mis precious felt-tipped pens y y mis Chinese cuadernos from Little Ricky's en New York y mis libros de segunda mano, me aferraba a la incongruente idea de que mi vida and my writingthe two were inseparable—were enabled, somehow, por esa breve nube de jacarandá, which seemed to shimmer and float sólo para mí, just below my 7th floor balcony window.

Sólo luego vendría a reconocer, a entender the special, secret bond between the jacarandas and me. Una necesidad. Un destino cartográfico. De geografía, latitudes.

Renuncié la boludez de mi northern California snobbery cuando me mudé al Evil (OK, it's the Inland) Empire, the easternmost edge de Los Angeles County. Ugh, había pensado years before, una vez cuando me desviaron al Ontario Airport, right smack en medio del Evil, en vez del John Wayne Airport de Orange County. I'd never even heard of "Ontario, California." I couldn't believe such a bleached-out, tumbleweeded, rascuache sprawl was even part of California! ¿Pero sabes qué? What did I know? Lo único del southland que conocía up to then eran los lush orange groves and suburban lawns del San Fernando Valley de mi infancia, before we moved north por el glaucoma de daddy, y para que yo y mis hermanas wouldn't turn into Valley Girls. Y San Diego, donde mis abuelos. Pero eso era otra cosa. Tropical.

Anyway, ¿qué remedio? Here I was, pero it's not like you can look a gift cabasho en la boca, right? En cuanto a academic jobs, digo. Especially una ternura-track job en tu field—poetry—en un nationally-ranked (como recalcaría mom) liberal arts college. Y *especially* considerando que yo era una single mother, A.B.D. Simón, "All-But-Dissertation." So close, pero sooooo far, todavía, del finish line. Conque I knew this job was a once-in-a-lifetime chollo and chingao, girl, you better take it and be grateful. Smog or no smog.

So, cual no era my surprise, when I went down al Evil para buscar housing en late spring y al llegar, en el rental car, to the eerily bucolic, suburban (pero como que no: con sus Craftsman cottages and ancient trees and too much quiet it resembled, oddly, more like a town out of a Tennessee Williams play que un lugar en Califas) pueblo de Claremont, vi, in the central island that divided a wide, four-lane suburban avenue a stand of mature, baroquely blooming jacarandas, as far as my eye could see. Y te juro que right then and there, como que decidí que it was gonna be OK. Living there. Digo, here.

Bueno, y just guess qué es lo que abunda, qué representa la idiosincracia misma de Buenos Aires, according to the porteños? You got it: los jacarandaes.

Esta vez, I wasn't alone. Happily "en pareja," como dicen en la Argentina y con el Juvenile in tow, I was actually bien apprehensive I wouldn't be able to muster enough of my signature angst, harness esa imprescindible sensación de dis/locación, de otredad which has dogged/blessed me toda la vida. Pero not to worry: lamento (o celebro) confirmar que Buenos Aires, de por sí, is one of the most anxious, neurotic latitudes en el mundo. And, hablando de latitudes: como thunderbolt it hit me, cuando Pierre—on our first day out—encontró el departamento idóneo . . . right en la very same street del Jardín Botánico. Gente, it's true. Mi sueño hecho reality: I was going to live in the mero corazón de Cortázar- and Borges-landia. Just blocks from, de hecho, the four corners Borges enshrines in his famous poem, "Fundación mítica de Buenos Aires": "Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga."

Writing now (aunque es casi imposible dar crédito, volver a ese estado previo: my *un-knowing* Buenos Aires), I am pierced by the memory of my ignorance—qué pendeja, no? Pero how the hell was I to know?—when I taught that poem, creo que por primera vez, en el '98, I think it was. How could I not have known and ever called myself—or, anygüey, allowed myself to be called—a specialist in Argentine literature? I cringe! No tener idea de algo tan fundamental—especially for Borges—tan sencillo, of course, once you're there: what I had thought were

random country names, Basque surnames son ni más ni menos que street names en Borges's old stomping grounds, lo que ahora se llama el trendísimo Palermo Viejo. I had even asked my student, Alelí, an *authentic* porteña, pero having grown up en los northern suburbs, en Victoria, ella no tenía clue tampoco. So maybe I shouldn't feel so bad . . .

Tan sencillo, once you're there. And perhaps *only* if you're there . . . So, qué es lo que esto nos dice about borders, identidades, transnational studies, about the end of nationalisms, sobre el supposedly-shrinking global mundo? Shrinking para quién? My ascendent in Sagittarius me confirma y reitera un destino peregrino. Ay, *utópica*. Yes, ou-topos. Not out of this mundo, sino no-place. Bueno, no *one* place, quizás.

It's all about place. (Sé que me contradigo; no me retes.) Y mi lugar—my secret garden, si querés—was, for thirteen angst and revelation-filled months, ese fading beauty, onetime departamento de lujo, donde los padres de la Dra. Lustig de Ferrer la habían criado, after fleeing Austria in the Holocaust, al Sur.

Escribí a todo dar, mano. Even with the Juvenile coming home from school for lunch every day, even having to wash clothes en esa tiny, casi breaking down lavadora and dry them en ese bizarre gas closet en la cocina, que yo pensé all Argentines must have, hasta que Gustavo vino de La Plata y me dijo no way! Definitely not! Que eso era una especie de artefacto, antique, primitive. Escribí a pesar de no tener mucama, a fact that astounded a casi todas mi amigas who—no obstante "la crisis"—steadfastly continued to employ a domestic servant. Al menos unas horitas por semana, ¿eh Susi? Escribí no obtante o—digámoslo claro de una puta vez—precisely *because* of esa constante, opresiva humedad porteña. I mean, not only after los "estragos acuáticos" (as I hyper-dramatically termed the bursting de las ancient cañerías en el departamento de arriba—while we were out of the country—y sus consecuencias: moho

and water damage, un olor a Mississippi that would dog that apartment for the next seven months, a veces más, a veces menos, like our own private weather system) sino every day. Una especie de damp my Califas-, Spain- and Africa-habituated cuerpo was simply not built for.

Una humedad that all (five months of) summer turns the soft, dense pile of the unusual—for Argentina—wall-to-wall moqueta into a spongey pantano underfoot, that wilts even freshly-laundered and dried-for-hours toallas into an hongoladen miasma, that frizzes and puffs hair heavenward y causa que cualquier mosquito bite, thumbnail size at worst in a normal climate, se convierta en throbbing huevo de avestruz, y para peor, te pone unos gross michelines tipo watermelon rodante. Luckily, this indignity I was able to suffer con el stalwart del Pablo Zambrano quien, pobrecito, had chosen to visit from Spain en febrero which is, a diferencia de lo que pregona Eliot, the true cruelest month. All during February Pablo and I pinched our sides and complained, horrorizados, de cómo no nos entraba nuestra ropa normal. En vez, even the most unfashionably generous-sized attire poked and jabbed, clung and chafed, haciendo que una de nuestras actividades predilectas fuera tomar vaso tras vaso de vino tinto, sentados en el skinny bed de su cuarto-el cuarto "de la mucama," just off the kitchen—hojeando nostálgicamente (y cotilleando, if truth be told, sobre los ever more collagen-puffed labios de nuestra adorada Melanie, o el definitely receding hairline del Tony Flags) slightly outdated copies of el Hola, purchased for outlandishly jacked-up prices en nuestro kiosko on Las Heras.

En fin escribí, exquisitely conscious de que esto no era la vida. I mean, no era *mi* vida. Como dijo anoche la poeta Carol Muske-Dukes en un reading de su nuevo libro *Sparrow*, about living con su marido (he was an actor): life with him wasn't normal, and I knew it. En Buenos Aires, yo poseía una

heightened sense of awareness, the poignancy of imminent loss. Casi todos los días en República Arabe Siria 2847, 3ºB se constituían como un festín. Nothing felt routine. Ni siquiera una visita a la dentista. *Especially* una visita a la dentista, who confidently informed me que no podía usar ese supersonic cleaning gadget on me más de dos veces por año, o si no los laser rays or whatever would damage my teeth (luego, mi dentista libanés en California would tell me that was crazy, pero that's another story . . .).

En Buenos Aires, habitaba un espacio in-between. Elsewhere. Pero quizás por esto mismo I claimed it so fiercely as mine. Or maybe it claimed me.

So different from when I lived in Spain, en la secundaria. De teenager, me regocijaba when my foreignness was apparent. Angry at my parents for uprooting me en la cúspide of what would be, alas, una short-lived y sólo semi-popularidad, I turned upon the foreign country toda la rabia y el veneno de mi terca (in)diferencia. Pero en Buenos Aires (y OJITO: eso que before I moved there, casi los únicos argentinos who'd impressed me favorably were either in books or dead or both . . .) I realized que nunca me había sentido más . . . qué sé sho—and I know que es medio cursi y trillado, pero—más yo misma. Y . . . (pausa porteña) ob-vio que había—hay—enormes, pero gaping differences between me and the average porteña. Pero an odd, opiate centeredness, hasta orgullo washed over me, more and more as the months passed y me daba cuenta de que la gente me pasaba in the streets not exactly like I was invisible sino como si fuera . . . one of them. Eso nunca, pero *nunca* me había pasado in any city, in any country before. Not even at "home." Y esa extraña comodidad o aceptación de mí misma, in my skin, was uncanny.

Sí, eso. El ansia que me impulsó a escribir en Buenos Aires no era la misma mierda metafísica de siempre, que I'm so lonely, I feel so lost; I don't fit in, what am I doing here. Todo ese rollo. It was something elemental, and somehow much more unsettling: wonderment crossed with an oddly seamless, destined belonging, y el miedo and pre-regret of its loss. Una enfermedad. Melancholia before the fact. Antes de la pérdida. Escribir es la necesidad de captar, de contar eso.

Heme aguí. I mean, *allí*: facing out these humedad-warped, wavy-glass paned double doors that open onto el minúsculo balcón, just three floors up this time, en vez de siete, como en Pretoria, pero con una vista shockingly similar.

Y . . . (pausa porteña) es el Sur, me di cuenta. This southernness is what I need. Mis sentidos engullen, aquí, not only a jacaranda-petal strewn street sino más localmente—por ejemplo, after a sudestada—also the twisted, rust-colored limbs of a storm-downed tilo, los almost too-fragrant linden blossoms floating out, a bridal veil over the dented roof of a taxi some fool dejó aparcado ilegalmente durante la noche y que ahora sólo se asoma un cachito, all smashed, Wicked Witch of the West flat, under the still-damp flowers and branches. A little farther, to the right, al otro lado de la avenida Las Heras (The Hairs, we call it), the neon sign for the Farmacia del Botánico has just come on. It glows comfortingly green en la fuzzy penumbra del crepúsculo, al lado del chillón blue-white sign for the supermercado Disco.

Closer, just across República Arabe Siria (ex Malabia, insiste la landlady, la Dra. Susana Lustig—fue Menem quien le cambió el nombre) some of the feral cats are beginning their nightly yowl-session (ni que fueran tan feral: they're fed delish Argentine groundround, todos los días, by some viejitas del barrio!) y veo uno chiquitito, a blue-grey, shorthaired kitten, algo cojo and with one milky eye. Ayer el Juvenil lo recogió, scooped his skinny, quivering body up and held him close to his chest, on our way back home from lunch at Hermann's. He

begged and begged for us to take him home. Por poco . . . pero no. We can't honey, le dije. No ves como cojea? Plus he's got a sick eye and you know he's covered in pulgas. Con eso, el intermitentemente fastidious and gross-outable Juvenile set him, gently pero quickly, back down en la vereda de enfrente. Pero as we crossed the street to our apartment building, he kept turning around pa' ver si le seguía ese little grey kitten. Y me miró bien grouchy for a while after that.

The lavender-dusk sky is stained a darker, menacing nearblack above the stand of enormous palmeras, just inside la reja del Jardín Botánico. Promete llover. Del otro lado del Jardín—just one city block away, sobre República de las Indias, donde vive la escritora Viv Gorbato (amiga del David Foster, but that's another story)—I think I can hear the tiger beginning to wake up. Simón, el mero mero tigre de Borges. The very same one he used to gaze at, for hours, en el Zoológico de Buenos Aires. A una manzana de esta ventana, where I'm sitting. It must be feeding time.